

principal en el asalto al cuartel de Moncada. El joven Fidel Castro, católico militante, vio así perdonada su pena de muerte y más tarde, siempre gracias a la influencia del obispo, salió de la cárcel para ir al exilio. Fue él quien con un grupo revolucionario desembarcó en Cuba el 2 de diciembre de 1956, y desde la playa solitaria de la provincia de Oriente se metió en Sierra Maestra. Un mes después, el ejército de Batista tendió una emboscada al grupo y lo dejó reducido a apenas doce personas. Tardaron dos años en levantar en armas a prácticamente todo un pueblo; en 1958, Castro anunció la guerra total y la marcha sobre La Habana; después, la huelga general, la rebelión de la armada, terminaron de derribar al tirano, que tuvo que huir en los últimos días de 1958.

Fue de nuevo el exilio dorado —primero en Ciudad Trujillo, luego en España—, con una fortuna imposible de evaluar correctamente —en las cifras barajadas estos días se habla de 3.000 a 160.000 millones de pesetas—, pero incapaz ya de conmovir a nadie para devolverle el poder. Batista no fue capaz de canalizar todo el enorme exilio cubano ni movilizar sus recursos.

Los epitafios que el país que le protegió, Estados Unidos, le dedica a su muerte no son nada halagüeños. "El estado policiaco de Batista fue uno de los más brutales y corrompidos del hemisferio occidental", escribe en un editorial el "New York Times". "Decir que Batista por sí solo fue el responsable del cataclismo político que llevó a Fidel Castro al poder sería ignorar demasiado la torturada historia de Cuba como colonia de España y bajo la tutela de los Estados Unidos. Pero las represiones de la dictadura de Batista, en la cual millares de cubanos fueron asesinados y torturados, ayudó, ciertamente, a los brutales excesos de la dictadura de Castro". Podría añadirse que si los Estados Unidos no hubiesen cerrado totalmente el camino del entendimiento con Castro cuando éste acababa de instalar el poder revolucionario, y se hubieran solidarizado como lo hicieron con Batista, Cuba no hubiese tenido necesidad de convertirse en una dictadura defensiva a unas millas de un poder gigantesco que hasta hace poco soñaba con repetir los desembarcos. ■ JUAN ALDEBARAN.

JUAN ALDEBARAN

AGOSTO: EL MES DE LA BOMBA

Como todos los años, el 6 de agosto, una multitud silenciosa y ordenada se ha reunido en el Parque de la Paz, de Hiroshima. Es el Día de la Bomba. Un 6 de agosto, el de 1945, el cuatrimotor «Enola Gray» voló sobre la ciudad; a los ocho y quince, uno de los jóvenes oficiales de a bordo oprimió un botón, y el comandante se elevó y se alejó de la zona, mientras caía la primera bomba atómica de la Historia de la Humanidad. La explosión mató en el acto ochenta mil personas. Otras tantas resultaron heridas, contaminadas, alcanzadas de algún modo. Y todas, las doscientas cuarenta y cinco mil que habitaban la ciudad, fueron terriblemente dañadas por la pérdida de familiares, de bienes y del sentido de la vida.

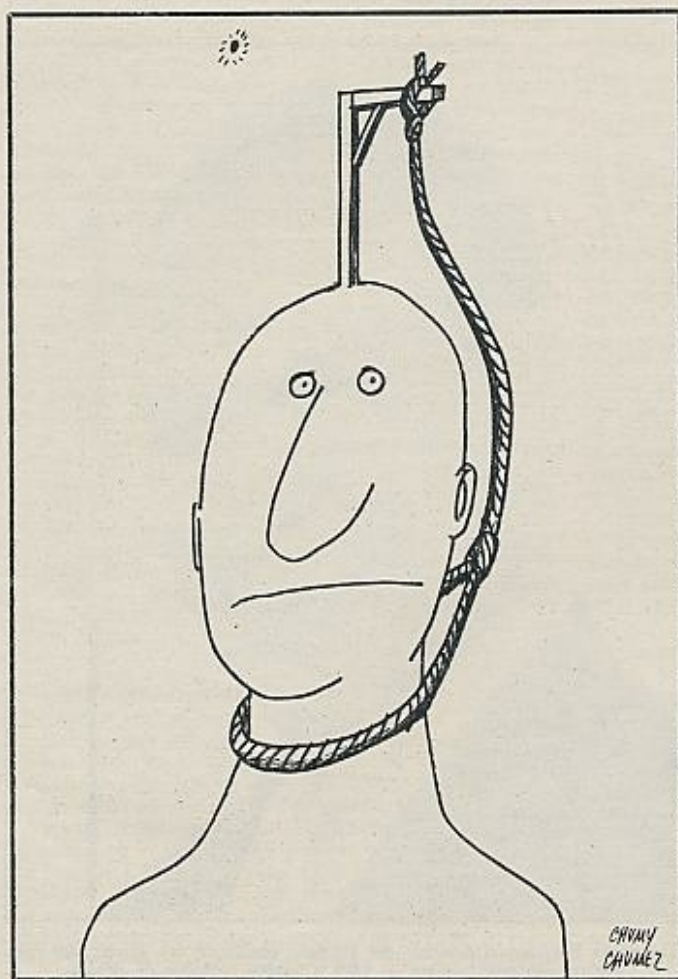
La bomba se llamaba «Gilda». Era una broma de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Algo simpático. «Gilda» era una película de Rita Hayworth, y se suponía que Rita era algo así como una bomba de provocación (cuando la película se proyectó en Madrid hubo algunas manifestaciones de protesta de puritanos; arrojaron tinteros a las carterías del cine en que se estrenó y se comentó desfavorablemente la liberalidad de la censura del ministro Arias Salgado, al que algunos predijeron la condena en el fuego eterno. ¡Aquel santo varón!). Bien, la llamaron «Gilda», la arrojaron sobre Hiroshima y mataron ochenta mil personas.

Las demás han seguido muriendo. Cada año, el cenotafio del Parque de la Paz recibe los nombres de las personas que han muerto después de la ceremonia del año anterior por razones que se suponen relacionadas con la bomba. Este año, el alcalde ha depositado una lista de 2.650 nombres. Y ha pronunciado la alocución de costumbre: que no haya más Hiroshimas en el mundo. Ha condenado las explosiones de ensayo francesas, ha pedido que Francia y China se unan al esfuerzo por la paz atómica, y se ha retirado a esperar la ceremonia del año que viene. Unos miles de cámaras fotográficas le han ametrallado durante su discurso: los turistas. Hiroshima se ha convertido en una de las primeras ciudades turísticas del mundo, y no hay padre americano que no quiera llevar a sus hijos a Hiroshima y contarle allí la historia de cómo el feroz enemigo nipón fue vencido. Hay algunos, liberales, que cuentan el cuento para niños de la maldición que pesa sobre quie-

nes intervinieron en aquella operación. Uno de los pilotos, Leroy Lehman, se hizo fraile después de una crisis de conciencia. Los otros miembros de la tripulación han tenido vidas más desdichadas. Y hasta la misma Rita Hayworth, que dio el nombre de su personaje Gilda a la bomba, ha pasado una vida poco afortunada, a pesar de sus éxitos, su dinero y sus felices matrimonios gloriosos —del Alí Khan a Orson Welles, o quizá a la inversa, que da igual—.

Al mencionar estos nombres de la maldición no se cita nunca al de Truman, que fue quien dio la orden de largar la bomba —y luego, la de Nagasaki—. No hay posibilidad. La vida de Truman fue feliz antes y después; cumplió largamente sus mandatos presidenciales, se retiró después y ha vivido una larga vida, respetado y querido por sus conciudadanos, honrado con elogiosas necrológicas en el momento de su muerte. Es cierto que Truman tenía motivos muy importantes para lanzar las bombas atómicas. Se habían ensayado en el desierto de Nevada, pero no se sabía lo que realmente podían dar de sí sobre una población civil; la guerra se estaba acabando y, si se acababa antes, los dueños de la bomba se quedarían sin saber cuál era su verdadera capacidad de acción. Por otra parte, la URSS debía conocer cuál era el arma secreta de Estados Unidos, con objeto de plegarse a las fórmulas de reparto del mundo que se la impusieran, y al predominio de Estados Unidos. Aún más, la URSS, que había quedado ya libre en Europa, iba a proyectarse seriamente sobre Asia, y exigiría su parte. En efecto, si Truman no se adelantaba con las bombas atómicas, hubiese llegado tarde; Stalin declaró unos días después la guerra al Japón. Que estaba vencido desde antes de Hiroshima, y estaba negociando una paz. No había podido sufrir los primeros ataques sobre Tokio. Estos se hicieron un poco antes que el de Hiroshima: a partir del 9 de abril de 1945. Eran bombas convencionales. Las superfortalezas lanzaron aquel día 677 toneladas de bombas incendiarias, destruyeron 38.000 kilómetros cuadrados y mataron en el momento 185.000 personas; más del doble de lo que sucedería en Hiroshima. Pero como eran bombas convencionales, el caso no se conmemora. Los mitos son los mitos.

Se hizo saber entonces que aquellas bombas tenían por objeto salvar vidas humanas. Como ahora en Camboya, como hasta





Miles de personas se han congregado en Hiroshima ante el Monumento de la Paz, con motivo del 28 aniversario de la bomba atómica norteamericana.

hace poco en Vietnam del Norte. Al acabar la guerra, cuando el Japón tenía aún dos millones de soldados y 9.000 aviones de combate, se evitaba la sangría. No se aclaró nunca que, aun con ese formidable ejército, Japón estaba vencido, encerrado en sus islas, con sus aliados europeos destruidos, con su capital machacada, y había pedido la paz. Insistentemente. Incluso por mediación de Stalin, que no tuvo tiempo de intervenir, sino declarar la guerra para poder figurar también entre los vencedores del Japón.

Los habitantes de Hiroshima, los de Nagasaki —tres días después, el 9 de agosto; ese retraso le ha hecho perder el tren del mito, y como no es la primera ciudad atomizada del mundo, no tiene apenas ceremonias ni turistas— no tenían nada que ver, naturalmente, con la cuestión amplia del reparto del mundo, la atomización de la URSS, el ensayo en vivo de la bomba. No tenían más relación que la que puedan tener los pasajeros de un avión secuestrado con los problemas de los secuestradores. Sin embargo, este acto del secuestro se llama terrorismo, y los Estados Unidos lo persiguen y las gentes se horrorizan, y la atomización de las indefensas Hiroshima

y Nagasaki se consideran actos de Truman para evitar la continuación de la guerra por la salvación de vidas humanas y como gran política que ha permitido la expansión del imperio americano.

El hecho es que la guerra acabó inmediatamente. Hitler había muerto —por suicidio— poco más de tres meses antes —el 30 de abril— en su bunker de la Cancillería; la rendición de Alemania se hizo el 9 de mayo. En Italia, Mussolini había sido muerto el 8 de abril. Y Japón se rendiría oficialmente el 14 de agosto, y el 8 de septiembre entraría triunfalmente en Tokio el general Douglas Mac Arthur. El mismo que más tarde propondría que se arrojase la bomba atómica sobre China para terminar la guerra de Corea. Pero Truman ya no le escuchó. El mundo estaba organizado de otra manera. Y la Unión Soviética podría responder contra los Estados Unidos.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron las últimas grandes matanzas de la II Guerra Mundial. A partir de ellas, el mundo quedaba en paz. Y los Estados Unidos y sus aliados podrían entregarse a la tarea de preparar el gran tribunal de crímenes de guerra de Nuremberg, para castigar a los alemanes.

Los Contem pora neos

TALASOCRACIA

Todo, dicen, empezó en el mar. Todo puede terminar en el mar. Hace unos millones de años, unas larvas insensatas, completamente equivocadas, comenzaron a salir hacia la orilla, a evolucionar para la vida anfibia.

Este es el resultado. Dicen que en el hombre está continuamente presente la nostalgia de la vida subacuática. El líquido amniótico en el que se engendra y empieza su desarrollo, y vive hasta que nace "rompiendo aguas", tiene la misma composición del agua del mar. Sandor Ferenczi dice que la gestación del hombre es una repetición completa, en un ciclo de nueve meses, de la evolución, que duró en un principio varios millones de años. Sandor Ferenczi fue un discípulo de Freud y escribió todo un largo libro —Thalassa— para explicar la presencia continua de aquel paraíso perdido en el inconsciente del hombre.

Me temo que la involución ha comenzado ya. Es el camino de regreso. Aquéllas comenzaron a asomar, digamos, por Alicante. Progresaron hasta Madrid. Ahora vuelven. Los automóviles llegan ya hasta la fina arena de las playas. El hombre desciende y orienta su pálida panza de burócrata hacia la inmensidad talásica. Camina con pies atrofiados y brazos colgantes, patas zambas y mirada de perdido estupor. Tiene un balanceo simiesco. Insensiblemente, toma las actitudes de sus antepasados. A veces hace muecas a su compañera, se agacha para recoger una valva de molusco, monta alguna de sus crías a la espalda, y lanzando pequeños alaridos de placer y al mismo tiempo de cómico susto, se mete en las aguas pausadas y aburridas. El hombre a la orilla del mar es un monumento a la gloria de Darwin.

El fenómeno es muy reciente. Al recorrer cualquier costa se ve que pueblos y ciudades estaban construidos a cierta distancia del mar y de espaldas a él. Era el camino de ida. Son los pueblos nuevos los que se construyen al borde del agua. Es el camino de regreso. Los aldeanos miran todavía con desconfianza —aunque ella no refrene su codicia— este

fenómeno del hombre que viene del interior en oleadas veraniegas y luego se repliega. Cada año, la oleada es mayor y el repliegue más tardío. No entienden nada. Pero pasa.

Veo al burgués que avanza ha-

cia el mar, y ahora no me parece que sus andares sean los del simio, sino los del palmípedo. Pienso que pueden crecerle membranas entre los dedos; que quizá en una de las mudas de piel, un día, comenzarán a brotarle escamas; que quizá ya en su inmenso vientre estén desarrollándose unas vejigas natatorias. Un día empezará a estar más tiempo en el agua que en la superficie; otro día, una familia de primates descenderá de su coche, y sin una mirada atrás, entrará lentamente en el mar para no volver nunca más.

¿Cuándo llegará ese día? Quizá tarde un par de millones de años. Quizá se esté anunciando para entonces una democratización de la vida española, una renovación paulatina de sus instituciones, que pueda llevar al hombre hacia la libertad sin que caiga en el libertinaje, y a un cierto respiro de costumbres sin propasarse por el camino del caos ni por el de la anarquía. Quizá entonces se haya avanzado algo en el perfeccionamiento de los mecanismos sociales, que ya está en estudio, y vayan a dar frutos ubérrimos las relaciones entre el Consejo Nacional y el Gobierno.

Una pena. El español, como siempre, habrá elegido el momento más inoportuno. Ya la primera familia se habrá introducido para siempre en las aguas del mar, y la seguirán otras, y otras. Habrá, quizá, algunos millones de personas que se adelanten a su involución y queden muertas, flotando boca abajo. Pero no importa. Otros millones habrán comenzado su vida subacuática. Habrán empezado a crear una talasocracia, con sus leyes orgánicas, sus principios, su institucionalización. Porque es de suponer que alguien les haya precedido para evitar que en el fondo del mar cunda el libertinaje, el caos y la anarquía.

POZUELO